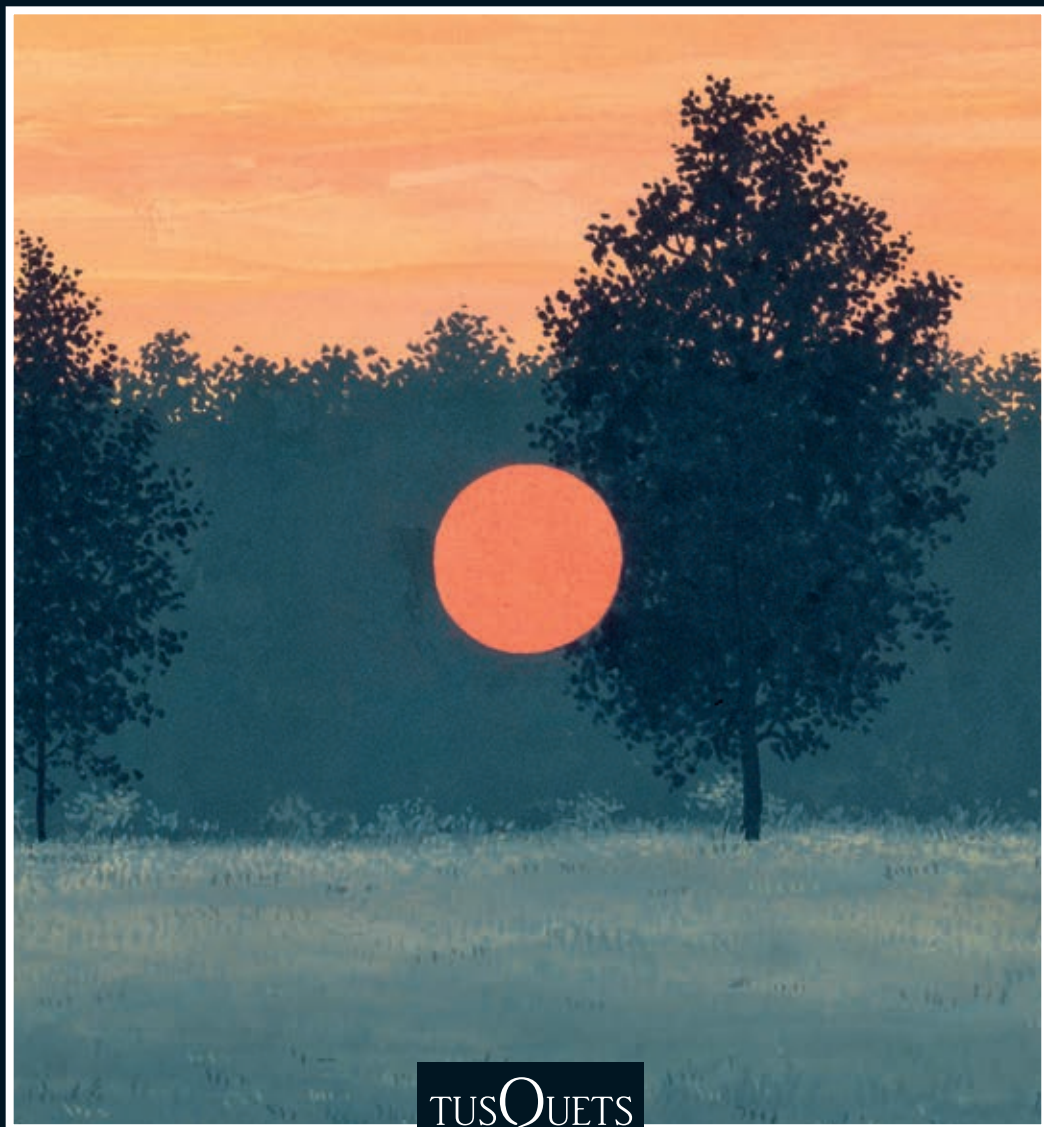


Jordi Ibáñez Fanés  
BUENAS NOCHES,  
LECHUZA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

JORDI IBÁÑEZ FANÉS  
BUENAS NOCHES, LECHUZA

1.ª edición: febrero de 2025

© Jordi Ibáñez Fanés, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-570-1  
Depósito legal: B. 1.044-2025  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.  
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



## Índice

|                                                 |     |
|-------------------------------------------------|-----|
| Potpol . . . . .                                | 11  |
| Una tarde en Maubec . . . . .                   | 91  |
| Un signo inconfundible e indescifrable. . . . . | 123 |
| Ante la justicia. . . . .                       | 153 |
| Un fruto prodigioso. . . . .                    | 179 |

Porque fíjese. Bueno, ya sé que lo ve. Pero mire, fíjese, fíjese bien. Esa pobre enfermera disfrazada de monja, porque es un disfraz de monja, ¿verdad? Muerta, asesinada, seguramente torturada, y encima sometida a ese escarnio. Porque aquí no había monjas. Enfermeras, empleadas de la limpieza, pero en esta residencia no había monjas. Y este otro... Hasta cuesta de mirar. Decididamente, la imagen... ¿o habría que decir la *visión*? ¿Estamos teniendo una *visión*? ¿Usted cree? Da igual. Eso..., esa imagen no puede ser más espantosa y repugnante, más grotesca, más terrible y más cruel. Fíjese en ese otro, la nariz de uno de los cuerpos —¿cuerpos?, ¿a qué llama usted un cuerpo?, ¿a los muertos?— lleva clavada una dentadura postiza mordiéndola como si fuese una pinza. Una pinza, figúrese, hágase cargo de semejante chifladura, supongo que para no notar el mal olor. Pero ¿el mal olor de quién? ¿Y a qué? Esta gente tiene sentido del humor, no cabe duda. Los sucios son siempre los otros. Y el calor... Encima ese calor. Cuidado. No pise aquí. No vamos a dejarlo todo más perdido de lo que ya está. Oh, fíjese en eso. ¡Qué espanto! ¡Qué horror! Casi no se puede ni mirar. ¡Y cómo no mirar al mismo tiempo! Mire. No mire. Yo tampoco miro. La aguja en el ojo. No lo soporto. Salgamos pronto de aquí. Con este calor pronto no va a poder sopor-

tarse. En cuanto amanezca... ¡Pero no! ¡Espere! No me lo diga. No me diga que usted es un político. Ah, es verdad. Qué alivio. Casi meto la pata. Un subsecretario. Funcionario pero no político, ¿verdad? Yo también soy funcionario, y a mucha honra. Solo los fatuos y los ignorantes nos desprecian, porque no saben lo que es un Estado, no saben lo que es una administración pública, aunque se las den de muy listos. ¿Un cargo técnico? En fin, no importa. Le agradezco que haya acudido a nuestra llamada. Yo lo tenía por un... por un... ¿delegado? Constato que he vuelto a meter la pata. (*Se ríe un poco.*) Un subsecretario no es un delegado, por supuesto. Estoy perdiendo la vergüenza, pero como puede ver, alguien perdió aquí su dentadura, y no sé qué es peor. Sin la vergüenza uno puede reírse de lo que le plazca. Sin la otra, malo, malo malísimo, porque el destino son los purés, las gachas, la regresión a la succión. La solución... ¡es la succión! (*Vuelve a reírse.*) Ahora bien, centrándonos en lo que aquí nos ocupa, la pregunta es: ¿se trata de un mensaje? Me refiero a esta dentadura, naturalmente. ¿Es una especie de firma del asesino? Quiero decir de los asesinos. Porque esta carnicería no puede ser obra de un solo... De un único anciano. ¿O le mordieron la nariz a ese desgraciado con tanta fuerza que luego no lograron recuperar los dientes? Mírelo. Fíjese bien. Eso aún puede soportarse. Observe a ese Lázaro insurrecto, o quiero decir más bien inresurrecto, si es que esa palabra existe, porque este infeliz está hecho picadillo y si resucitara tendría que ir buscando los trozos para reconstituirse, ¿no cree? El forense no sabrá ni por dónde empezar. Porque, reconózcamelo, señor subsecretario, que ahí, en medio de ese amasijo de carne, esa especie de blanca risueña, esa risa sin rostro, tiene algo de sarcasmo o de broma. ¿Y qué quiere que le diga?, pues que tiene su gracia. ¿No piensa igual que yo? Yo diría que bastará con buscar a

un viejo desdentado, porque la dentadura —y perdón, le ahorro los detalles— no está limpia del todo, si se fija..., aquí..., algo..., unos restos blancuzcos... Pero no toquemos nada, seamos profesionales, luego con el ADN ya tendremos medio caso resuelto. (*Se ríe de nuevo, esta vez con satisfacción.*) Pero había más bromitas. ¿No se lo he dicho? A otra de las víctimas, y llamarla víctima, ¿no es acaso presuponer demasiado?, pero en fin, llámele como quiera. El hecho es que le pusieron unos pañales como los que usan los ancianos, por la incontinenencia y esas cosas, ya sabe. Sí, en efecto, a esas cosas me refiero, claro. Y ahórrase las elucubraciones: el pañal estaba sucio. ¿Adivina de qué? ¿Orina o...? ¿Caca? ¡Muy bien! ¡Bingo! Y a propósito de deyecciones, hay mierda por todas partes. Tome nota: paredes pintarrajeadas. Y un nombre, o unas palabras de lo más enigmáticas, pintadas —es horrible, lo sé— con sangre en la pared. Sangre o mierda o las dos cosas. Como una firma o un grito de guerra: SALOTH SAR. ¿Se trata de una consigna diabólica? ¿De uno de los muchos nombres del maligno? Decididamente sí, porque es así, porque todo esto es la peor representación de lo que entendemos por escenario de un crimen, una residencia de ancianos, figúrese, y todos los muertos eran jóvenes, o relativamente jóvenes, por lo menos y en comparación con la media de edad de los residentes. El mayor no tendría los cincuenta cumplidos, un crío, vaya. Un par más estarían en los veintipocos —unos bebés—, y los demás en la treintena, empleados, enfermeras, celadores. No muchos. Ocho. Ocho muertos. Es decir, ocho cuerpos, o cadáveres. ¿Cuándo el cuerpo es cadáver y cuándo el muerto es cuerpo? Fernández, búsqieme información sobre esas palabras, Saloth Sar. ¿Qué demonios significan? Y luego más dibujos en las paredes, por cierto que bastante obscenos. Pollas, chichis, culos. Amigo, hemos ingresado en el reino del pipi-caca-

culo. Porque ya se sabe, con la edad, con la impotencia, con la conversión del sexo en cosa mental, regresa la obsesión, la idea fija, ¿o no sabe usted lo que es un viejo verde? Perdone, pero no es posible que tenga una imagen tan sórdida y estúpida de la vejez. Oh, sí. La tengo, y a mucha honra, y con todo el respeto. Hay que dejar que la gente envejezca en paz, como santos o como cabrones, qué se le va a hacer. Y ya sabe lo que dicen. Si la vejez pudiera... Pues bien, esta vejez ha podido. ¿Cuántos ancianos había en la residencia? Inscritos, exactamente treinta y ocho. Pero no han desaparecido todos. Hay exactamente veinticinco que duermen o fingen que duermen en sus habitaciones, muy tranquilos, con cara de no haber roto ningún plato. Por lo tanto, han desaparecido, hago la resta... Faltan... No se apure en calcular. Son trece los sospechosos de haber cometido estos crímenes espantosos, sí, y a su edad, figúrese, sueltos por ahí, y uno de ellos sin dentadura, a saber si será el cabecilla, si tendrán un cabecilla, si estarán organizados, si no es una especie de locura colectiva, algo que desencadena el horror. Todo esto me supera, por si no lo había notado. Pero escúcheme, trece ancianos no pueden desaparecer así como así. ¿Han llamado a sus familias? Pero qué casualidad. ¿Se sorprende? O no hay familiares localizables, o simplemente ni existen. Ya sabe cómo es eso: los familiares no quieren saber nada del viejo o la vieja, la nuera no sabe cómo deshacerse del suegro o la suegra, los nietos se desentienden, los hijos alegan las complicaciones de la vida moderna, los pisos son pequeños, etcétera. Tampoco es presumible que deambulen por la calle los trece juntos, cogidos de la mano, como unos escolares de excursión, agarrados todos a la bata del que va delante. Qué imagen, ¿verdad? Claro que sería interesante saber si los que se han escapado —y escaparse ya es decir demasiado, es presuponer, es ser tendencioso, seamos neu-

tros—, o los que han desaparecido, vaya, no reaparecerán en casa de estos familiares olvidadizos para ajustar cuentas. Hoy tenemos hijos maltratadores. Antes hubo, y todavía los habrá, padres en la plenitud que maltratan, que abusan, ¿no ha leído la historia de aquel austríaco que le hizo no sé cuántos críos a su propia hija encerrada en el sótano de la casa? Una locura, una sordidez infinita. Claro que la historia no es ni la mitad de interesante, y usted perdóneme, que la de aquella niña secuestrada a los diez años y dominada mentalmente y sexualmente por el desgraciado que la tuvo en cautividad durante, qué sé yo, ocho o diez años. Fernández, ¿cómo se llamaba? También austríaca. Ese país da mucho de sí. Kampusch. Eso. A veces hay casos, querido subsecretario, que ponen a prueba todos nuestros esquemas, ¿y sabe lo que yo pienso?, que las respuestas están en los clásicos de la literatura. Porque, ¿usted lee? Yo sí, todo lo que puedo. Soy un lector compulsivo. Por eso me hice policía. Para salvarme de los libros. Porque la realidad a menudo solo se entiende si has leído un poco. De modo que la historia de esa criatura austríaca, de esa niña... No de la hija, que también, de la otra. Siempre se me va el nombre. Da igual. (*Suspira. Se saca un pañuelo del bolsillo y se seca el sudor de la cara.*) Eso si no se ha leído, si no se ha pensado un poco, simplemente se ve mal, sencillamente es que no se entiende, y al no entenderlo le haces daño a la niña, que está condenada a no ser inteligible por culpa del empobrecimiento mental de nuestra época, y si primero fue digamos que víctima de un monstruo, luego pasa a ser víctima de una estúpida normalidad. La bella y la bestia. ¿No le suena? Pero no va por ahí la cosa. Da igual. Pero aquí, amiguito, aquí... Aquí nos las vemos y nos las deseamos. Por fin han llegado los ancianos asesinos. ¿Comprende? ¿Se hace cargo? Los tiempos cambian, evolucionan. Esos abuelitos no son tontos. Saben que no están en

condiciones de maltratar de un modo sostenido en el tiempo, de modo que van al grano y matan, y no matan de cualquier modo, no, matan de un modo espantoso, máxima teatralidad. ¿Y cree que deberíamos darles protección? ¿A quiénes? A los familiares. ¿A los familiares que, de existir, se han desentendido de esos vejetes? Usted bromea. ¿Gastar recursos que podrían ser vitales para tapar las vergüenzas de una miseria familiar? ¡Por favor! Parece mentira que lo plantee usted, todo un subsecretario, un tipo que de esas cosas debería saber infinitamente más que yo. Ah, dígame, Fernández. Saloth Sar era Pol Pot. ¿Cómo dice? Pues que era Pol Pot... ¿Pol Pot? ¿Pol Pot? Sí, Saloth Sar era el nombre auténtico de Pol Pot, el líder comunista camboyano, el responsable de miles de muertes, de los campos de la muerte, del genocidio en Camboya, ¿no sabe de qué le hablo? ¿Cómo no voy a saber, Fernández? Claro, claro que lo sé, pero es que... Es que... Me ha sorprendido, porque... ¿Se habrán vuelto comunistas estos viejos? En fin, que me ha sorprendido. Sencillamente. Fernández, siga investigando. Mire lo que pone aquí, también con sangre, ¿o es caca?: *DILIGE ET FUCK QUOD VIS*. Si usted lo entiende, o si descubre lo que significa, nos lo comunica. Parece latín, pero vaya usted a saber. Una pregunta, inspector —dígame, subsecretario—: ¿y por qué descartamos que los que se han quedado tan tranquilos en sus camas no sean los verdaderos autores de la masacre, y que los trece que faltan no hayan huido despavoridos ante tanta violencia? Pues tiene toda la razón. No podemos descartar nada. Pero deberíamos comenzar por distinguir a los ancianos demenciados de los lúcidos, a los inválidos de los que conservan un mínimo de movilidad. Y además..., ¿han buscado bien? ¡Fernández! La residencia es grande. ¿No puede ser que se hayan escondido? ¿Aquí? ¿En la cocina? ¿En el cuarto de calderas? ¿Debajo de la cama? El jardín es poca

cosa. Y sin embargo, entre los arbustos... Detrás de los arbustos, no sé por qué, siempre suceden cosas. Uno se esconde y la tentación sobreviene. ¿No lo ha visto en las películas? ¿En el teatro? ¿No me diga que no va usted al teatro, señor subsecretario? Yo querría ir más a menudo. Pero siempre me parece caro y decepcionante, además ya no hacen obras clásicas, solo adaptaciones de novelas y de películas. Los arbustos, sí señor. Todo lo peligroso, todo lo tentador, acecha siempre detrás de un arbusto. Aunque aquí las tentaciones debían de ser más bien poca cosa, más bien tristes, o tristonas. Mire esto, fíjese, escrito en letra pequeña: *Muera usted primero, que por algo soy un caballero...* Y esta otra: *Cariño, a las cinco por el culo te la hincó...* ¡Qué barbaridad! Si parecen los grafitis de un váter de colegio. Fernández, sea diligente con la frasecita esta y no se me duerma, no se distraiga, *et fuck quod vis*, parece inglés y latín. Señor, he encontrado que podría ser una frase latina que dice en realidad *dilige et fac quod vis*, es decir, según veo aquí: ama y haz lo que quieras, o algo por el estilo. ¿*Dilige* significa amar? Eso parece, señor. Claro, hijo dilecto, predilección. Debe de ser esto. Qué cosas aprende uno, ¿verdad? Ah... Pero fíjese, fíjese. Una enfermera, supongo. Sí, olvídense de las faldas. ¿Usted cree que la violaron? Y a mí qué me cuenta. Fíjese en eso. Se lo han pintado con un bolígrafo en la frente. Vaya, no será un tatuaje... POTPOL. ¿Se da cuenta? Y si se fija, detrás de la oreja del de la dentadura pinzándole la nariz, ese con un bisturí, o eso parece, cuando ya estaba muerto, seguro, prácticamente desangrado, por eso se lee tan bien, en letras pequeñas, pero muy claras, un trabajo fino, una firma, eso sí que es una firma, de nuevo POTPOL. No pone Pol Pot, pone Potpol. ¿Comunistas? ¿Usted cree que son comunistas? ¿Que se han hecho comunistas? No tengo ni idea, señor inspector. O comunistas o invertidos, porque si invierten el orden del nom-

bre de aquel dictador camboyano lo que hacen es, y perdóname la redundancia..., lo que hacen es invertir el orden de... Pero claro, no vayamos a meternos en líos, evitemos malentendidos. Hay muchos modos de inversión, ¿no cree? Desde la inversión de capitales hasta simplemente la inversión del orden de dos sílabas, como es el caso. Potpol. Esos cabrones van fuertes. Pero salgamos. Dejemos que los forenses hagan su trabajo. Ese olor a sangre, a muerte y a excrementos acaba por emborracharte, dejas de notarlo y ya se te ha metido dentro y no te abandona durante días.